

comprender en la tierra el recibir con gusto la muerte y todas sus pertenencias, cuando los demás se impacientan y disgustan, y partirse riendo cuando los otros se estremecen y horrorizan, cantar mientras los otros lloran, y tener el ánimo alegre y el semblante sereno cuando todo amedrenta y espanta. Pero pronto tendrán estas buenas almas otros ojos y otras luces para ver que están infinitamente obligados á la reina del cielo, y otros sentimientos para darle gracias por siempre jamás.

§. III.—Cómo la Virgen santísima prepara á los suyos contra la sorpresa é incertidumbre de la muerte.

I. Es necesario morir, y así está decretado irrevocablemente: este es, si se quiere, el fin de las miserias de la vida presente y el principio de la felicidad del hombre. Pero si supiéramos el día de nuestra partida, este conocimiento podría servirnos para aprovechar el tiempo, dar de mano á todos los cuidados, echar nuestras cuentas y estar prontos para cuando sonase la última hora. ¿Qué utilidad redundará á Dios de sorprendernos y venir cuando menos lo pensamos, como hace el ladrón nocturno? ¿Qué ventaja saca de nuestra perdición y ruina por haber sido cogidos de improviso?

II. Así discurre el limitado entendimiento humano sin levantar más alto su pensamiento; pero Dios, cuya sabiduría es infinita y cuya adorable providencia tiene otros móviles, pretende por esa incertidumbre no sorprendernos (porque eso repugna á su inmensa bondad), sino contenernos siempre en los límites de nuestro deber y del respeto á su divina majestad. Este freno es enteramente necesario á los malos, que nunca acabarían de ofenderle si tuvieran limitado el tiempo de su vida, y el conocimiento de su última hora no produciría en ellos otro efecto que una licencia desordenada de darse

á toda especie de pecados con una vana esperanza de convertirse á Dios en el instante postrero. En cuanto á los buenos les basta saber que lo ha ordenado así su padre, y dispuestos siempre á partirse cuando él quiera, dicen con el santo Job: Me llamarás, y yo te responderé: me alargarás la mano como un buen padre, y yo me dispondré á seguirte como un hijo obediente. Tal sumisión á su voluntad no puede menos de agradarle extraordinariamente y de ser muy provechosa á los que la practican.

III. Sea como quiera, la madre de piedad lo compone de modo que los suyos no sean sorprendidos jamás, porque temprano les inspira la máxima fundamental del estado espiritual de que por nada en el mundo ha de vivir uno ni siquiera un instante en situación en que no quisiera morir: les da cierta conciencia que no puede compadecerse mucho tiempo con el pecado; y como está encargada de dirigirlos á su fin con medios convenientes para conseguirlo, á medida que se acercan más, ella aumenta sus favores y la luz interior que tienen, despierta su fervor y les da secretas advertencias de la mudanza que ha de obrarse en ellos. Con respecto á los que son suyos por un amor cordial y una absoluta confianza, creo firmemente que hay muy pocos á quienes no avise antes el tiempo de la partida ó á lo menos les haga conocer que se aproxima. En los capítulos precedentes he presentado varios ejemplos, y aquí podría presentar otros muchos; pero me contentaré con citar algunos para consuelo de los fieles siervos de esta reina amabilísima.

La doncella Musa.

IV. Refiere S. Gregorio en sus Diálogos (1) que la

(1) Lib. 4, cap. 17.

virgen María acompañada de un coro de virgenes, al parecer de la misma edad y todas vestidas de blanco, se apareció á una doncella llamada Musa y le preguntó si queria entrar á su servicio. Musa respondió que era cuanto deseaba. Pues yo tambien quiero, dijo la madre amorosa, con la condicion de que vivas mas gravemente que hasta aqui y des de mano á todas las frivolidades. Te doy treinta dias para que hagas la prueba, y está segura de que dentro de ese término te recibiré en mi compañía, si observas lo que te digo. La doncella manifestó á sus padres lo que habia visto y oido, y de allí adelante les dió tanto gusto por la compostura de sus acciones y la gravedad de sus costumbres, que estaban admirados de tan notable mudanza. A los veinte y cinco dias la acometió una leve calentura que le duró hasta el trigésimo. Sus pláticas y reflexiones eran superiores á su edad y tenian asombrados á todos. Llegado el dia señalado, se presentó á ella la Virgen con el mismo acompañamiento que antes y la convidó á que la siguiera. Musa tuvo por un rato los ojos clavados en un paraje, luego los bajó en señal de respeto, y diciendo: Señora, voy; señora, voy; entregó su espíritu para seguir á la que la esperaba.

Santa Oportuna.

V. El tránsito de santa Oportuna tiene mucha semejanza con lo que acabo de referir. Era natural de la Normandía, y habiendo tomado el hábito de S. Benito llegó á ser abadesa de un monasterio situado á dos leguas de Seez. En su última enfermedad fué visitada por santa Cecilia y santa Lucía, á quienes saludó muy cariñosamente, y les dijo: Mis señoras y hermanas, ¿qué orden traeis de la gloriosa Virgen á su humildísima sierva? Querida esposa del Salvador, le respondieron, la reina

del cielo te aguarda para conducirte con tu lámpara encendida al retrete de su amado hijo y tu esposo, donde has de recibir la corona de gloria y entrar en el gozo eterno. Cuando se vió que estaba próximo su fin, los eclesiásticos y las monjas rodearon el lecho cantando las preces de la iglesia: de pronto se sentó ella, y mirando hácia la puerta dijo: Ved allí á la inmaculada madre de Dios, á quien os encomendaré, pues que no he de volver á veros en esta vida. Dicho esto alargó las manos como si hubiera visto á nuestra señora sobre el lecho, y espiró dulcemente en los brazos de su amadísima madre.

La princesa Felipa.

VI. La serenísima princesa Felipa, reina de Jerusalem y de Sicilia, duquesa de Lorena, de Bar y de Güeldres y luego pobre monja de santa Clara, merece ocupar aquí un lugar entre las almas mas favorecidas de la Virgen en punto á su muerte. Aquella esclarecida princesa vivió ciento y cinco años, setenta y ocho en la corte y veinte y siete en el cláustro; mas al fin hubo de pagar el tributo comun á todos los mortales á resultas de diversas enfermedades que le abatieron el cuerpo sin enflaquecer su espíritu. Habia tenido en vida dos devociones muy señaladas, la una á la pasion de nuestro señor Jesucristo y la otra á la virgen María. Faltándole ya las fuerzas al despuntar el viernes santo, nadie dudó que era composicion entre ella y su esposo celestial, quien queria llevarla para si en el mismo dia en que él dió la vida por nosotros. Ya corrian sus queridas hermanas para congratularse con ella por tan gran merced, cuando les manifestó que se habian equivocado en un dia y que por aquella vez el hijo cedia el lugar á la madre. Bien sé, añadió con mucha tranquilidad, que el dia de hoy es el que he amado y venerado siempre; sin embar-

go estad ciertas de que no moriré hoy. Todas mis dichas me han venido en sábado. En tal día me desposé con el rey Renato, mi buen marido y señor. En tal día entré en la Lorena entre los aplausos de todos mis vasallos. En tal día dejé el mundo y profesé en la religion; y mañana, que será sábado, iré á gozar de los abrazos de mi dulce esposo Jesus en el cielo. Y así fué verdad, porque como si Dios le hubiese conservado la vida solo para que entregase tranquilamente su alma en las manos de la Virgen, tiró hasta el otro día, y llegado que fué, voló de la prision del cuerpo al cielo para ir á reunirse con los que cantan para siempre las alabanzas del hijo y de la madre.

Maria Picivard.—S. Pedro de Alcántara.

VII. El 19 de febrero de 1468 pasó á mejor vida en la ciudad de Mántua la devota Maria Picivard, de la orden de los siervos de María, de quien está escrito que trataba tan familiarmente con nuestra señora, que muchas veces se la oia discurrir con ella en la oracion. Era tan general entre los habitantes de dicha ciudad la creencia de que la Virgen no le negaba nada de cuanto pedia, que comunmente la llamaban la referendaria de la Virgen. Todos los que eran afligidos de alguna tribulacion en el alma ó en el cuerpo, recurrian á ella como al asilo comun de los desgraciados. María santísima la visitó y le dió aviso de que estuviera preparada, porque se acercaba su fin y no tardaria en subir al cielo. La misma gracia otorgó nuestra señora á su fiel siervo S. Francisco de Alcántara, reformador de la orden de S. Francisco, de quien habla tan aventajadamente santa Teresa de Jesus en diversos lugares de su vida: la Virgen le aseguró que seria del número de los que se salvan. El santo murió con sumo gozo y entonó el salmo *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi*, concluyéndole hasta el fin.

El P. Pedro Scarga.—El P. Pedro Gerónimo Carvallo.

VIII. Es digno de consideracion lo que acaeció al P. Pedro Scarga, de la compañía de Jesus. Este varon zelosísimo, que habia sido predicador de los reyes Estéban y Sigismundo de Polonia por espacio de veinte y cuatro años, promovió en gran manera la honra de Dios y de su madre; mas agobiado de la vejez consiguió del rey y de sus superiores á los setenta y siete años de edad que le dejasen ir á acabar sus dias en el colegio de Cracovia. Aquí le ocurrió una cosa muy singular. Poco antes de morir envió una vela de cera á nuestra señora de Cestochou, muy célebre en toda Polonia, para que ardiese ante la imágen de María, y se notó que en cuanto dejó de vivir el P. Pedro, se apagó la vela; lo cual dió márgen para creer que este suceso no habia pasado sin alguna inteligencia oculta entre la Virgen y él. No menos maravilloso me parece el caso del P. Gerónimo Carvallo. Era tan devoto y mortificado, que empleaba por lo menos seis horas diarias en la oracion, llevaba un triple cilicio que le cogia desde el cuello hasta las rodillas, y tomaba tres disciplinas de sangre al dia. Estando bueno y sano como nunca habia estado, dijo con mucha seguridad que dentro de pocos dias moriria. Los que se lo oyeron decir, dificilmente creian una prediccion que no tenia ninguna probabilidad humana; pero tambien les costaba trabajo dejar de creer las palabras terminantes de un tan gran siervo de Dios. El suceso desvaneciò bien pronto todo motivo de duda: lo que les causó mas admiracion, fué el haber encontrado despues de la muerte del P. Gerónimo un papel, en que estaban escritas de su puño estas palabras con fecha del año de 1589: *Me quedan unos quince años de vida*; y á los cinco años puso debajo: *Dentro de diez años moriré*. Así fué

porque murió el año 1604 á los sesenta de su edad. Cuantos sabian la singular devoción que este religioso habia profesado siempre á la madre de Dios, se persuadieron á que tenia de ella la noticia.

El P. Martín Gutierrez.

IX. El P. Martín Gutierrez fué un varon insigne en santidad y ciencia, que dió no poco lustre á nuestra compañía en toda España. Santa Teresa de Jesus vió volar al cielo su alma triunfante con la aureola de mártir en el instante mismo de dejar la tierra. El P. Martín recibió muchas gracias de la madre de Dios: entre otras merece contarse que yendo él á Roma el año 1573, le dijo nuestra señora que dentro de ocho dias moriria. Su muerte fué muy gloriosa, porque le mataron los herejes en odio de la religion. No puedo pasar en silencio una cosa memorable que aconteció despues de muerto. Presentóse al P. Suarez, su compañero de viaje, una señora vestida á la francesa, y le preguntó si habia muerto alguno de los suyos; y habiendo sabido que sí, pidió permiso para verle. Luego que estuvo delante del cadáver, sacó una hermosa sábana blanca que llevaba, le amortajó por sus propias manos, le bendijo, y se marchó sin querer recibir dinero por el sudario y sin haberse podido saber nunca quién era. Solo Maria sabe si ella misma se dignó de ejercer con su siervo aquella obra de misericordia, ó si sugirió la idea á alguna criatura mortal.

S. Arnulfo.

X. Es para siempre memorable el dichoso tránsito de S. Arnulfo, obispo de Soissons y descendiente de la ilustre casa de los duques de Lovaina y de los condes de Namur. Un sábado, vispera de la Asuncion, llamó á sus

familiares y los mandó preparar todo lo necesario para sus exequias, porque habia de morir á prima noche, añadiendo: Creo que teneis en la memoria el terremoto que os amedrentó ayer hasta tres veces. A la primera fui visitado por el apóstol S. Pablo, que me trajo la feliz nueva de que me habian sido perdonados mis pecados y de que estaba el cielo abierto. A la segunda me prometió el glorioso arcángel S. Miguel que vendria á la cabeza de los espíritus bienaventurados para acompañar mi alma al cielo. A la tercera la madre de misericordia me hizo la merced de venir en persona á convidarme para asistir mañana al triunfo de su Asuncion. A eso de las tres recibió Arnulfo los santos sacramentos, y al acabar el dia mandó que le tendieran en el suelo sobre ceniza y cilicio y al instante voló al cielo su bendita alma.

El B. Santiago de Bevagne.—El B. Elsa.—Fr. Andres Noorth.

XI. Ocho dias antes de morir el B. Santiago de Bevagne, religioso dominico, se le apareció la Virgen santísima con S. Jorge y santo Domingo y le convidó al triunfo de su gloriosa Asuncion. Con efecto espiró el dia de esta festividad, y Maria con los mismos santos vino á buscarle y le llevó al cielo. La misma gracia otorgó nuestra señora al B. Elsa (de quien ya he hablado) y á Fr. Andrés Noorth, religiosos ambos de la misma orden.

El cardenal Alejandro Ursino.

XII. No há muchos años que con gran sentimiento de toda Italia y aun de toda la iglesia murió el piadoso príncipe y cardenal Alejandro Ursino, dechado de todas las virtudes. Era una de las mas robustas columnas de la congregacion del colegio de la compañía de Jesus en

Roma y siempre el primero para los ejercicios de piedad, especialmente para la disciplina, que tomaba entre los simples fieles hasta derramar sangre. No contentó con esto había instituido también una congregación de nuestra señora á ejemplo de la de Roma en Bracciano, que es la residencia ordinaria de los duques de Ursino. Allí se encontraba la vispera de la Asunción del año 1626, y después de haber hecho una plática exhortatoria á los congregantes con extraordinario fervor y tomado una disciplina de sangre cayó malo, y recibió emplazamiento de la Virgen para comparecer en el cielo el día 22 de agosto, octava de la Asunción. En ese día con efecto se partió de esta vida mortal á la edad de treinta y tres años, dejando sumidos en el más profundo dolor á todos sus súbditos y á todos los buenos, para quienes era un ejemplar de virtud.

XIII. A propósito de esta merced ¿por qué no me ha de ser permitido hacer una observación, y es que María santísima parece haberse complacido en llevarse de este mundo parte de sus mejores siervos el día de alguna festividad suya, para que participaran del júbilo del cielo según es de presumir? Así hallo que el día mismo de la Asunción ó al rededor de él trocaron esta vida mortal por la bienaventuranza eterna santa Helena, madre del emperador Constantino; santa Pulqueria, hermana de Teodosio; santa Radegunda, reina de Francia; el emperador Enrique VII; Juan I, rey de Portugal; S. Esteban, rey de Hungría; S. Bernardo, hijo predilecto de la Virgen; S. Jacinto, religioso dominico; S. Luis obispo, S. Felipe Benicio, propagador de la orden de los siervos de María; Ribera, S. Estanislao de Kostka y Juan Berkman, los tres religiosos de la Compañía; al principiar la fiesta de la Purificación S. Efrén, diácono de la iglesia de Edesa en Siria; el día en que se celebra el inefable misterio de la Anunciación, santa Catalina, hija

de santa Brígida; cuando el cielo y la tierra se regocijan por la inmaculada concepción de María, S. Nicolás, san Ambrosio y santa Leocadia; el día de la Visitación Bernardino Realin; el de la Presentación Francisco de la Tour; el de santa María de las Nieves Sebastian Barradas y otros varios de que no me acuerdo ahora, y cuya devoción á la reina de los ángeles ha dado materia para los más de los tratados de esta obra.

XIV. Aun voy á decir dos palabras en favor de los que han entrado en las cofradías de nuestra señora en diferentes lugares. Un aragonés que tenía un hijo alistado entre los de María, resolvió llevarle consigo al ejército del rey Felipe II de España, á quien acompañaba con el título de cirujano de S. M. Estando en Zaragoza fué acometido el hijo de la enfermedad que le condujo al sepulcro; no obstante llegó á Madrid, donde atormentado de una violenta fluxión de pecho la vispera de San Miguel dijo á la hora de cenar que aquella noche tendría mucho que hacer. Con efecto á poco de haberse recogido toda la familia comenzó él á toser extraordinariamente; con lo que despertó al instante el infeliz padre y llegado á la cabecera del enfermo le preguntó cómo estaba. Como uno que se está muriendo, dijo el hijo, y no se aflija vuesa merced, mi querido padre, con esta nueva, porque viene de la madre de Dios, la cual me ha asegurado que sería pronto; pero después de haberme fortalecido con las armas postreras de un cristiano. Para esto imploro el favor y asistencia de vuesa merced. El padre que no sabía qué creer de aquella noticia, dijo que se haría á la mañana siguiente. ¿Mañana? repuso el enfermo: no hay mañana para mí. Instó pues para que se llamase á su confesor el P. Gaspar Petrosa, y á su llegada volvió en sí el enfermo que se había desmayado tres veces, cobró ánimo, se confesó y pidió los demás sacramentos. Al mismo tiempo como todos los criados esta-

ban tan afligidos, llega una vecina, se ofrece á llamar al cura y vuelve con él á breve rato: un mancebo muy listo á quien nadie conocia, prepara el altar, enciende las velas y dispone todo lo necesario para el viático. Luego que le recibió el enfermo, dijo su padre tomándole el pulso que no urgía la extremauncion; pero aquel insistió con tanto empeño, que hubo que ceder y administrársela. Fortalecido así con todos los sacramentos tomó en las manos una imagen de nuestra señora á quien veneraba, y entabló tiernos y edificantes coloquios con tan cariñosa madre: al fin perdió el habla y antes de una hora espiró.

XV. ¿Qué le parece á mis lectores de estos ejemplos? ¿No son unos rasgos admirables de la bondad de Maria? Yo no sé qué es mas de apetecer, si la dulzura de esta muerte ó el honor de recibirla por su medio. ¡Oh qué alegremente van cantando con David estos hijos dichosos: Me he alegrado con las cosas que me han dicho: iremos á la casa del Señor! Tal vez será demasiado desear semejante fin; no obstante diré que deseo con ansia entregar mi alma en el seno de esta madre amorosa.

§. IV.—Cómo la Virgen santísima defiende á los suyos de los asaltos de los enemigos invisibles.

I. Si se ha visto jamás un cuadro de dos caras hecho con toda la perfeccion y maravilla de la perspectiva, es el de las tinieblas de Egipto, abreviado en el capítulo XX del Exodo y en sus justas dimensiones en los capítulos XVII y XVIII de la Sabiduría. Pongámonos á la mano izquierda y advertiremos una noche tan lóbrega y unas tinieblas tan densas, que horrorizará el verlas solamente. Los que andan á tientas entre esas tinieblas, son los egipcios condenados á vivir tres dias y tres noches en la oscuridad; están atónitos y asustados lo que no es decible.

Nada los puede tranquilizar; al contrario todo los espanta. Los unos se retiran á las cuevas para librarse del miedo, y les sucede al revés, porque el viento que penetra con fuerza, los amedrenta, como tambien los espectros y figuras horribles de los demonios que pasan por delante de ellos. ¿No es un prodigio inaudito que ni con la lumbre que encienden se alumbren, ni luzca para ellos el sol? Solamente perciben ciertos fuegos soterráneos que no dan ninguna claridad, sino que les presentan figuras espantables. Su mayor mal está en que su imaginacion turbada les pone delante mil fantasmas y los asusta con lo que hay y lo que no hay. Si oyen jugar al zéfiro blando en las hojas de los árboles, les parece que es un escuadron enemigo que va á caer sobre ellos. El estruendo de los torrentes y riachuelos se les antoja que son carros de guerra ó caballeria ordenada que viene á acometerlos. El mugido de un buey se les figura el estampido del trueno. Tal vez se creerá que los mágicos que prometen prodigios y aparentan disipar con sus varitas las sombras y tinieblas, restituyan la tranquilidad al pueblo atribulado. Nada menos que eso, porque si por un lado no se asustan de las sombras y figuras horribles que hacen volar en el aire con sus encantamientos, por otro todas sus contorsiones y gestos no pueden preservarlos del terror pánico que atormenta á los demás. Un gato que pase por delante, un perro que ladre, una serpiente que silbe, todo los amedrenta. Si se duermen, despiertan sobresaltados por vanos é imaginarios temores; cuando creen huir de un peligro, caen en otro mayor, de suerte que se ven precisados á estarse inmóviles en un sitio. No parece sino que son unos forzados atados entre si con las tinieblas como con cadena de hierro, verdadera imagen de la noche espantosa que los aguarda en el centro de la tierra. Ve aquí una cara de este cuadro trabajado con mano maestra por el Espiritu Santo.

II. Pasemos ahora á contemplar la otra cara. Es la imágen de un dia hermoso y de una luz apacible. Por el color del rostro y por la hechura de los vestidos es fácil conocer que los que parecen en esta claridad, son los hebreos cautivos de los egipcios, aunque por su porte no se los puede tener por tales, pues ejecutan con plena libertad todas sus acciones, y sus palabras no son mas que bendiciones y hacimientos de gracias á Dios por tantos beneficios recibidos y señaladamente por los prodigios actuales. No hay quien no conozca que les es muy fácil huir y aun despojar las casas de sus huéspedes, los cuales estan impedidos de correr tras ellos; pero esperan que Dios dé la última mano y que los que ahora los detienen, los insten para que se marchen. No puede negarse que estas cosas son maravillosas; pero en lo que propiamente consiste el punto mas alto de la maravilla, es en esto. En un mismo aposento se encuentran un hebreo y un egipcio: aquel ve tan claro en medio de las tinieblas como antes, y este no ve una gota: aquel ejecuta libremente sus actos ordinarios, y este está inútil para todo: aquel no se asusta, ni se espanta de nada, y este de todo: aquel canta las alabanzas de Dios, y este detesta su vida y maldice su condicion: aquel es libre en su servidumbre y este esclavo en su libertad.

III. Confieso que bien considerado este cuadro seria la verdadera imágen de dos muertes muy diferentes, la de los malos y la de los buenos; mas me contentaré con hacer ver por medio de algunas pinceladas la diferencia que hay entre los hijos de la Virgen y los otros al salir de este mundo. Figurémonos pues dos hermanos, hijos de unos mismos padres, educados ambos en la piedad y en la virtud, temerosos de Dios y habituados á la práctica de los sacramentos, con sola la diferencia de que el uno ha sido criado por María santísima, cuyo espíritu de serenidad ha mamado de consi-

guiente, y el otro no ha tomado tan á pechos esta devoción, aunque haya observado una conducta loable y cristiana. Llegan los dos á la última hora, y veo que puesto el segundo en tan terrible trance se demuda, se espanta, suda, tiembla, brega extraordinariamente y da gritos espantosos. Todos los asistentes creen que el enemigo comun viendo que el tiempo urge, le da un asalto furioso, porque su semblante manifiesta bien que el espíritu está empeñado en la lucha y que sufre recias tentaciones. A veces hace seña con la mano para que ahuyenten de allí las horribles figuras que le asustan; otras se advierte que toma fuerzas para responder al enemigo y como que le da la desmentida: ya parece que no puede mas, ya cruza los brazos y levanta los ojos al cielo como para mostrar que su única esperanza está en la misericordia del Señor y en la sangre de nuestro redentor Jesucristo derramada por nosotros. ¡Oh cuánta diferencia hay entre leer esto y estar en lucha con el enemigo mas taimado y furioso que se puede imaginar!

IV. Por otra parte el devoto siervo de la Virgen espera con paciencia y serenidad lo que el cielo disponga de él. En sus ojos se ve retratada su alma, y en su semblante se advierte la paz interior de que goza. Toda su confianza despues de Dios está en su buena madre, de quien espera ser asistido y protegido en aquella necesidad extrema. Como sabe que María es sumamente fiel, descansa en sus promesas. Le encomienda sus cosas con gran tranquilidad, la suplica que responda por él á todas las objeciones de los demonios y la toma por su amparo y defensa, su gozo, su guía, el principio de su felicidad eterna, teniendo por cierto que ella continuará dando pruebas de su vigilancia y amor maternal hasta el fin. Este pensamiento le tranquiliza y le hace entablar amorosos coloquios con María, la cual aparta de

su querido hijo cuanto pudiera fatigarle ó poner en peligro su virtud. Hablo aquí de lo que puede segun la providencia ordinaria, porque en lo demas Dios dispensa en sus leyes cuando quiere, y asi como puede permitir por justas razones que los hijos de su madre sean reciamente combatidos, asi puede cuando quiera conceder á los otros una muerte muy apacible.

V. Pero por cuanto pudiera figurarse alguno que lo dicho hasta aquí sobre el diverso modo como mueren unos y otros, no tiene otro fundamento que mi comprension, vale mas venir á razones. La experiencia diaria nos enseña que sin hablar de los santos sacramentos hay dos cosas que nos aprovechan á la hora de la muerte; á saber, los hábitos de virtud y el auxilio del cielo. Digo en primer lugar los hábitos de virtud, porque entonces cayendo la gracia como sobre otras tantas teclas de un instrumento músico bien templado las hace dar fácilmente el sonido de costumbre; al contrario se necesita una gracia extraordinaria para despertar las potencias del alma aletargadas y entorpecidas por la violencia de la enfermedad é inclinarlas á practicar unos actos pocas veces ejercitados. Añado en segundo lugar el auxilio del cielo, porque estando abatido el espíritu por el peso del cuerpo que va corrompiéndose, es muy necesario que vengan en nuestra ayuda los mejores amigos que tenemos allá arriba. A mi juicio en una y otra cosa salen muy particularmente aventajados los hijos de María, porque en cuanto á los buenos hábitos es claro que influyen mucho en la paz y serenidad del alma, porque como ellos estan acostumbrados á invocarla amorosamente, á ponerse bajo su proteccion, á echarse en sus brazos, á no querer mas que lo que ella quiere, á confiar absolutamente en ella, á desear depender de ella despues de Dios en todo y por todo, la gracia pone en juego todos estos muelles sin ninguna resistencia

y produce en sus almas una armonía que regocija á los ángeles del cielo. En cuanto al auxilio de arriba la Virgen no falta á los suyos en semejante ocasion. Dejo aparte lo que ella misma hace inmediatamente, que es lo principal, los dulces sentimientos que inspira, la serenidad que infunde, la confianza que sugiere, las palabras de consuelo que les habla interiormente convidándolos á dejar la tierra para ir á tomar posesion del asiento que les tiene preparado en el cielo. Hablo solo del refuerzo que les envia para resistir á los asaltos del principe de malicia; en atencion á lo cual dice S. Buenaventura (1) despues de S. Agustin que el arcángel S. Miguel, caudillo y principe de la milicia celestial, obedece los preceptos de la Virgen para defender y proteger las almas de los fieles, que se encomiendan de dia y de noche á nuestra señora. Dios sabe con qué ahinco la sirve el santo arcángel, cómo se emplea en vencer y derrotar las legiones enemigas, y cómo María tiene de su parte á todo el cielo para la proteccion de aquellas almas predilectas. Es cosa cierta que los bienaventurados á millares se presentan á ella á fin de servirla á porfia en la persona de sus amados hijos; de suerte que no hay dicha en el mundo como tener en su favor á la reina de los cielos. Los santos padres la estiman en tanto, que aseguran ser imposible se condene aquel que tiene en su favor á la madre de Dios.

VI. Así lo declaró un dia la misma señora á santa Brígida diciéndole que entre ella y sus fieles siervos de la tierra hay un doble muro y que no pueden llegar á ella antes de saltarle; pero que les facilita extraordinarios auxilios para que le esquiven. El primer muro es el mundo, que les sirve como de cárcel y ejercita no poco

(1) Specul. B. Virg.

su virtud. El segundo es la muerte, por la que tienen que pasar necesariamente como por una brecha para recobrar la libertad. Añadió que en cuanto al primer muro les sugiere mil arbitrios para escapar sin ser heridos peligrosamente por las saetas de los enemigos; y que en cuanto al segundo ella misma asiste en persona, los ayuda á subir y los rodea de su proteccion como de un cuerpo de guardia, para que pasen sin temor por en medio de sus enemigos.

VII. Lo mismo mostró bajo otra figura á santa Gertrudis. Estando esta sierva de Dios en el oficio de completas un dia de la natiuidad de nuestra señora presentó ciento y cincuenta Ave Marías á su esposo suplicándole por el amor que tenia á su venerada madre, se sirviese socorrerla á la hora de la muerte. En el mismo instante divisó á los pies de nuestro Señor un monton de piezas de oro iguales en número á las palabras que habia dicho en su oracion, y vió que las entregaba en manos de la Virgen, la cual despues de juntarlas cuidadosamente en su regazo manifestó á la santa que á la hora de la muerte le contaria tantas gracias como piezas habia allí, para resistir á los asaltos de todos sus enemigos invisibles. Falta ahora acotar uno ó dos ejemplos de esta asistencia particular.

VIII. El P. Manuel Fernández, de la compañía de Jesus, fué enviado el año 1566 por la santa sede á instancias del rey de Portugal, para que en union del P. Andrés Oviedo, de la misma compañía, obispo titular de Hierápolis y patriarca de Etiopia, se dedicase á la reduccion de los infieles en este dilatado reino. El P. Manuel murió de miseria juntamente con el patriarca despues de haber dado así á los naturales como á los extranjeros infinitas pruebas de una virtud acrisolada. Habiendo ido á visitarle en su última enfermedad un católico, le preguntó el P. Manuel cuándo era Navidad. El

domingo próximo, respondió el católico. Pues ese dia es el que aguardo, repuso el religioso; y con efecto murió en el mismo. Poco antes de morir pidió al sacerdote que le auxiliaba hiciese la señal de la cruz hácia un rincon del aposento señalándosele con el dedo; luego vuelto del otro lado comenzó á exclamar: ¡Oh santa señora! ¡Oh santa señora! De allí á un rato dijo al agonizante: Acabó de ver á la virgen María, mi buena madre, la cual estaba tan bella y gloriosa, que su vista sola me ha llenado de gozo y consuelo. Diciendo esto, voló su alma al cielo.

El P. Pedro Favier.

IX. Se lee en la historia de la órden de S. Bruno que el año 1515 murió el P. Pedro Favier, monje cartujo muy devoto de la Virgen, el que despues de recibir los santos sacramentos fué asaltado por el enemigo comun y combatido reciamente con una tentacion de desesperacion. El espiritu maligno que acecha con singular diligencia en aquella última hora para hacernos tropezar á los religiosos, tenia en las manos un libro grueso, donde estaban escritos todos los pecados del monje durante su vida, y le estrechaba tanto, que faltaba poco para precipitarle en la desesperacion. Cuando mas caido estaba el pobre monje, se le apareció la madre de bondad con su divino hijo en los brazos y le habló así: «¿Por qué tienes tan poco valor y confianza? Aquí te traigo una prenda de tu salvacion y de mi amor á tí, y quiero que sepas que por los méritos de este niño te son perdonados todos tus pecados.» Dijo, y al punto desaparecieron los espíritus malignos que estaban allí, y el corazon del siervo de María quedó lleno de indecible consuelo. A poco como los asistentes cantasen las letanias que se acostumbra á la hora de la muerte, al llegar á

las palabras *Omnes sancti et sanctæ Dei, orate pro eo*; dijo el moribundo monje: Todos vosotros, santos y santas, que veo aquí presentes, rogad por mí; y entregó su alma al Criador.

Fr. Pedro Caralt.

X. No se diferencia mucho de esto lo que acaeció á Fr. Pedro Caralt, religioso dominico. Era singularmente devoto de la virgen Maria, y como la habia servido con tanta fidelidad en vida, mereció que nuestra señora le asistiese con particular esmero á la hora de la muerte. Durante su enfermedad se presentó á visitarle Satanás con traje de doctor en teología y le propuso una cuestion sobre el misterio de la santísima Trinidad. De argumento en argumento llegó á confundirle en tales términos, que el religioso iba á dar en el error. Cuando ya no sabia qué responder, fijó la vista en una imágen de nuestra señora que habia en su aposento, y la suplicó le sacase de aquel aprieto. Entonces la imágen se volvió hácia él y le miró con tanta eficacia, que al instante conoció Pedro se habian disipado las nubes aglomeradas en su entendimiento por Satanás: descubrió la futilidad de las razones que antes le parecian tan sólidas, y respondió tan pertinentemente al enemigo, que no pudiendo este sufrir aquella luz resplandeciente derramada en su alma se desvaneció todo confuso.

XI. Ve aquí otro ejemplo que he escogido entre muchos. Estando en el artículo de la muerte Fr. Adolfo, que en su mocedad habia renunciado el principado de Alsacia por vestir el sayal de S. Francisco, se le apareció la reina del cielo, á quien habia amado singularmente, con innumerable tropa de espíritus bienaventurados, y viéndole sobrecogido de temor á causa de aquel último combate, le dijo estas pocas pa-

labras: «Mi querido Adolfo, ¿por qué temes morir siendo mio como eres? Ven, ven con confianza, porque mi hijo á quien has servido fielmente, te dará la corona de gloria.» Estas palabras llenaron de tanta dulzura su alma, que desde entorces ninguna nube de tristeza oscureció su semblante; al contrario deshechos sus ojos en llanto, pero llanto de consuelo, y su corazón rebotando en sentimientos de gratitud, trocó esta vida mortal por la eterna.

XII. No temais, almas justas, el paso que tanto atemoriza á los demas: arrojaos sin recelo en el seno de vuestra amorosa madre, que os recibirá con los brazos abiertos y os defenderá contra todos vuestros enemigos. Oh Virgen y madre amantísima, bendigante todos los que te conocen, por tantos beneficios como has hecho á tus siervos, y los que no te conocen aun, aprendan por aquí á amarte y confiar en tí.

§. V. Cómo la Virgen santísima asiste á los suyos en el juicio particular que se hace despues de la muerte de cada uno.

I. (1) Algunas veces se ha visto á dos capitanes valerosos y á dos ejércitos casi iguales en la fuerza y el número de los combatientes acalorarse de tal manera en la refriega, que solo la venida de la noche ha podido

(1) Adición de la M. Maria J. de Blemur.—«Entra en la peña, y en las aberturas de la tierra escóndete de la presencia espantosa del Señor y de la gloria de su majestad (*). Entra en Jesucristo como en la peña, dice S. Bernardo; escóndete en las aberturas de sus llagas, y te librarás del juicio terrible teniendo un Dios que intercederá en tu favor por la voz de su sangre y el mérito de su muerte. Seriamos dichosos, si pudiéramos desde esta vida prevenir el juicio de Dios y estar en disposición continua de agradecerle.»

(*) Isai, II, 10.